

«Yo compro mis alimentos en el extranjero», dice una dama. Le salen más baratos. Es natural: no están cargados con los gastos de adulteración. La dama ahorra, pero pierde en emoción, en sorpresa, en «vivere pericolosamente», que decía Mussolini. El español siempre ha comprado algo en el extranjero. Nuestras



COSMOPOLITISMO

abuelas recibían los catálogos de la «Samaritaine» o del «Printemps» y encargaban por correo para ir a la moda de París; nuestros abuelos tenían en el armario un traje de Saville Row que «duraba toda la vida». Ahora se viaja más. Hay más dinero, y también hay que devolverles la visita a los turistas. Me pregunto qué será de nuestras reservas de divisas y de nuestra balanza de pagos el día que salgan fuera tantos españoles como turistas entran. No estamos en eso todavía. Pero se viaja más. Este verano ha habido muchos españoles que se fueron al extranjero. La dama lo cuenta todo al regresar, aunque necesita la apoyatura de su marido: todavía el hombre conserva mayor posibilidad cultural. «Pedro, ¿qué era exactamente el Capitolio?». «Un cine, querida, un cine». Han ido a tantos cines para ver verdaderas películas... Antes, los veraneantes se iban a la sierra, a la montaña; por las noches se echaban una manta y se reían: «¡Qué calor estarán pasando ahora en Madrid!». Ahora se van al cine en París; en la escena de la violación de «Naranja mecánica», se dan con el codo y se regocilan preguntándose: «¿Qué estarán viendo ahora en Madrid?».

El español se vuelve viajero. Cine en París, amor en Suecia, caza en Mozambique. Un joven intelectual me ha dicho que sin las corbatas de una determinada tiendecita de Chipre se sienta desnudo, y que cuando se siente desnudo piensa que le va a dar un tizeretazo la censura: vive plenamente de neurosis. Luis Apóstua asegura en «Ya» que para enterarse de cómo va la política española hay que saber alemán, y traducirse uno mismo lo que han dicho en la televisión, junto al Príncipe y a Fernández de la Mora, un cierto número de personalidades. Las academias de idiomas medran. Para

vivir en Marbella o en Benidorm con cierta desenvoltura hay que balbucir dos o tres idiomas.

Nos hacemos cosmopolitas. Es el signo de los tiempos... Algunos pretenden que todo lo que sucede fuera podría suceder aquí. Algunos pretenden que el Mercado Común es precisamente eso, y lo demás son pretextos (la

economía, el Parlamento europeo, las instituciones, ¡las naranjas, los zapatos!) para que se vean aquí películas. Es una inversión de valores. Quizá, incluso, una subversión. La confusión de categoría con la anécdota, de lo fundamental con lo accesorio es muy español. O quizá no sea tan anecdótico, tan accesorio, lo que pretende. «Le superflu, chose, chose très nécessaire - dans l'un et l'autre hémisphère», decía un dístico del condenado Voltaire. El ripio sienta bien a España. Lo superfluo se enreda con lo fundamental, y los que tendrían que desenredarlo, por su propio bien, parece que no aclaran. No distinguen bien. Hay españoles dispuestos a morir para que aquí no se vean ciertas películas, no se lean ciertos libros. Para que sea más fácil y más barato cazar en Kenia que en el Coto de Doñana. Hay españoles muy raros. «No comparto las ideas de usted, pero estoy dispuesto a morir para que tenga usted la libertad de expresarlas», decía un parlamentario británico en una de las frases que hicieron famoso el siglo XIX. Aquí hay contemporáneos capaces de decir: «Comparto las ideas de usted, pero estoy dispuesto a matarle para que no pueda expresarlas». ¿Cuántas veces ha oído decir el inconformista esta extraña frase del integrado: «Pienso lo mismo que tú, pero no se puede decir»? Y decía Larra —las citas se van solas al siglo XIX: ¡qué tendencia!— que «lo que no se puede decir, no se debe decir».

Bien están las cosas como están. El extranjero está puesto, providencialmente, fuera de España. Es una prueba que la geografía no es caprichosa, no es un producto al azar de pliegues de montañas y repliegues de aguas, sino el fruto de una predeterminación. España, aquí; el extranjero, allí. Y siempre presenta la citada doctrina de San Agustín: «No te vayas fuera: en el interior habita la verdad».

POZUELO

Ecología

RETORNO A LA

En el País de Gales, un grupo de científicos

SEMEJANTE idea no podía nacer más que en el país de Robinson Crusoe. Imaginemos que en 1972 un grupo de contemporáneos nuestros deciden de repente retirarse a vivir a una isla desierta. La isla será una granja aislada en el País de Gales sin agua, sin gas, sin electricidad. No hay novedad bajo el cielo de los «hippies». Pero esta vez no se trata de «hippies». John, ingeniero químico, director de una sociedad farmacéutica; Robin, jefe de servicio en la UNESCO; Hugh, ingeniero constructor de plataformas en alta mar; Philip, estudiante de Ciencias Económicas y Urbanismo; sus esposas, Maria, Janine, Terry, Johanne; Simon, jardinero y estudiante de Agronomía; Jan, recién salido de un «college»; Daisy, una dama de cabellos blancos, especialista en información científica, y tres niños.

Este grupo de alegres naufragos —Daisy se pasa todo el día cantando— se reúne el sábado 15 de septiembre en lo que queda de una vieja granja que lleva diez años en estado de total abandono. Acaban de comprar el edificio en ruinas por más de un millón de pesetas. A pesar de sus diez hectáreas de extensión, un campesino no hubiera dado un ochavo por esa granja: prados en cuesta donde no puede entrar un tractor y que sólo valen como pastos, pastos pobres, para las ovejas. «Eithin y gaer» se llama la granja en galés: literalmente «Granja de las retamas».

La granja se halla en la vertiente Norte de una colina a trescientos metros de altura.

Esta mañana hace buen tiempo, es decir que aunque no brilla el sol, por lo menos no hay bruma, y aunque la temperatura no supera los doce grados centígrados, hay que agradecer el hecho de que no esté lloviendo. Por primera vez se reúnen todos los miembros de la nueva comuna. Proyectan transformar la vieja granja: instalar una inmensa cocina-comedor en la planta baja, un «salón-sala de estudios» en el primer piso. La pendiente se aprovechará para construir nuevas habitaciones según las necesidades que vayan surgiendo. Estos nuevos colonos piensan formar un grupo de aproximadamen-

te quince personas, que vivirán única y exclusivamente de los recursos de la tierra ¿Ingenuidad o milagro?

La energía eólica

Entre estos nuevos peregrinos en busca de su Tierra Prometida figura Robin Clarke (véase TRIUNFO núm. 507), de treinta y cinco años, autor de numerosos estudios científicos, inventor de la «tecnología blanda». «Queremos convertirnos en promotores de una nueva sociedad rural basada en una tecnología no contaminante. Todas las hipótesis relativas al futuro son urbanas, políticamente centralizadas, tecnológicamente complejas y cada vez más internacionales y homogéneas. Nosotros propugnamos, por el contrario, una tecnología simple, al alcance de todos, que permite una descentralización política absoluta... Por ejemplo, la energía solar y la eólica han sido rechazadas hasta ahora como carentes de viabilidad debido a que no pueden explotarse a gran escala. Jamás se ha pensado en que esas fuentes de energía podrían ser utilizadas por grupos limitados. Es esto precisamente lo que nosotros tratamos de demostrar».

El tono de este discurso difiere del de las habituales experiencias comunitarias cuyo único fin, abiertamente confesado, es el de romper con el sistema. La mayoría de estos hombres hace ya tiempo que dejaron de ser adolescentes. Todos ellos han llevado hasta ahora una vida normal, han estado cobrando altos salarios, han padecido la fiebre del consumismo. Prueba de ello son el Jaguar y el Alfa Romeo que vemos en el corral. Pero estos vehículos están condenados: serán vendidos de aquí a unos meses para con el dinero obtenido adquirir herramientas.

Frente a nosotros se extienden veinte kilómetros de bosque. A la derecha, cerca del edificio principal de la granja y al pie de la pendiente, hay un gran prado sembrado de encinas, de nogales; es un terreno llano que será aprovechado como huerta. «En invierno cultivaremos las legumbres en invernaderos. Utilizaremos grandes bóvedas de plás-